



*(Continuación)*

Es muy cierto, nadie debe dudarlo, que para ver las grandezas de María es preciso asomarse al abismo insondable de la divina Maternidad. <sup>(1)</sup>

Que el mar de tu grandeza es conocido,  
habiéndote por madre Dios tomado. <sup>(2)</sup>

Todas las celestiales gracias de la Virgen, todos sus maravillosos privilegios nos hablan de la Madre, de la Madre de Dios. Dios la hizo para que fuese su Sagrario, el Templo donde la Divinidad pudiese manifestarse a los hombres. Ella es ante todo, según la bella frase de su cantor San Buenaventura,

Nidus

Ubi passer solitaris,  
Jesu-Christi, demoraris <sup>(3)</sup>

Por eso no hay alabanza que más le agrade, requiebro que más le complazca, título que más le convenga que el título, la alabanza, el requiebro que espresan estas palabras: Madre del Hijo del Altísimo.

Los angeles y los hombres  
Y si Dios quiere ensalzarle  
Con títulos y renombres,  
No hay otro como llamarle.  
Mater Dei. <sup>(4)</sup>

En los eternos, divinos consejos, María es siempre la Madre de Dios. Ella jamás se separó de su Hijo en la elección divina. <sup>(5)</sup> Esta Maternidad asombrosa no es un accidente de su vida, es su propia constitución, yo pudiera decir que es Ella misma. <sup>(6)</sup> Por eso nadie debe extrañarse de que se le haya dado tanta gracia, que por ella fuera ca-